

ESTRATÉGIA PSICOLÓGICA CONTRA EL TERRORISMO

Agustín Arias González

Teniente coronel del Ejército del Aire.

Un asunto que nos preocupa

Desde hace varios años, según las encuestas, los problemas que más preocupan a los españoles son el paro y el terrorismo. Si nos preocupan es porque nos infunden temor, esos temores están enraizados en lo más profundo de nuestro cerebro, en el sistema límbico, allí se han depositado, sin que nuestra parte racional, el cortex, pueda hacer mucho por erradicarlos. Pero el paro y el terrorismo ¿son problemas realmente tan importantes que hacen que ocupen los primeros lugares de ese *ranking*? Si lo analizamos fríamente no, pero los seres humanos somos todo menos fríos, nuestras emociones nos dominan y condicionan toda nuestra conducta, los hechos nos confirman que no somos animales racionales, somos animales emocionales. Si nos referimos a la historia más reciente, nuestra mente ha sido impactada con las imágenes de la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York y nuestro estado emocional se alteró con la visión de los terribles acontecimientos que, en directo, retransmitieron todas las cadenas de televisión de manera ininterrumpida a millones de espectadores; otro tanto se puede decir de los brutales atentados del 11 de marzo en Madrid, fueron muy pocos los españoles que quedaron al margen del impacto emocional de esas terribles masacres.

Hoy en día, ante la amenaza del terrorismo, se han disparado las alarmas; las naciones afectadas, con Estados Unidos a la cabeza, se han apresurados a crear organismos y a desarrollar instrumentos para luchar en este nuevo frente que se define como global. Se han reorganizado los Servicios de Inteligencia, se han modificado los conceptos estratégicos tanto de los países como de las organizaciones de seguridad y se han destinado cuantiosos medios económicos y personales para la lucha. En esa línea de esfuerzos conjuntos se hace necesaria una reflexión sobre los aspectos psicosociales del terrorismo, para apuntar desde la óptica de esta ciencia algunas aportaciones que, muy a menudo se obvian, o bien ocupan un segundo plano.

Desde el terrorismo hacia el miedo

De los conceptos enumerados en este párrafo, el primero es una conducta deplorable, por cierto, y lo segundo es una emoción y como tal no tiene catalogación moral. Sobre el terrorismo se ha escrito mucho, pero es preciso empezar por definirlo. Si tomamos como referencia lo que dice la Real Academia de la Lengua Española tenemos lo siguiente:

“Dominación por el terror, sucesión de actos de violencia ejecutados para influir por el terror.”

A esta definición académica habría que añadir que es ejecutada por grupos organizados al margen de la Ley y que persiguen un objetivo político. Evidentemente sería necesario hacer muchas más puntualizaciones, ya que el concepto es muy importante, pero nuestro interés es resaltar que, para obtener sus objetivos, utilizan el terror. El mismo Diccionario nos aporta una definición de terror como “miedo muy intenso”, pero ¿qué es el miedo? Bien, el miedo es una emoción, o si se quiere, “una perturbación angustiosa del estado de ánimo debido a un riesgo real o imaginario”.

El miedo es un estado emocional que tiene un origen adaptativo destinado a preservar la vida. Todos los idiomas humanos han acuñado una palabra y aun varias para definir este sentimiento. El miedo nos ayuda a sobrevivir, debido a que cuando aparece, nuestro organismo se activa, preparando respuestas que nos permiten enfrentarnos a lo que nos provoca el mismo miedo; esas respuestas pueden ser de huida, de enfrentamiento o de paralización. A lo largo de los millones de años de evolución, nuestra mente ante un peligro se alerta y luego nuestro cuerpo responde para enfrentarse al peligro. Pero el problema no es el miedo sino el terror, ya que se trata de un miedo muy intenso, irracional, con pocas posibilidades de control y que nos conduce a respuestas poco adaptativas, casi siempre de paralización o huida. En esos momentos en los que la piel palidece, se desencajan las miradas y la mente se embota, es donde actúan los terroristas, con una liturgia muy bien preparada sobre un escenario de emociones descontroladas. Si la acción terrorista es fundamentalmente psicológica, por qué en la lucha contra el terrorismo, donde a veces no se repara en medios, a menudo, se olvidan las acciones psicológicas para contrarrestar los efectos que provoca. Pues porque la propia naturaleza humana sólo cree en lo tangible, aun cuando lo inabarcable es mucho mayor y más complejo. Ante la angustia que provoca la incertidumbre, nos aferramos a simplificaciones, a estereotipos, a respuestas erróneas que nos dan sensación de seguridad porque las captamos a través de los sentidos.

Los terroristas se afanan en lo suyo

Los terroristas insisten en provocar el terror, es decir una alteración del estado emocional, tanto a nivel individual como del conjunto de la sociedad sobre la que actúan. Ese matiz es muy importante, ellos buscan el terror social. Pero no debemos olvidar que el terror es un medio, su medio más precioso, a veces el único, pero a la larga lo que pretenden es negociar. Su objetivo final es obtener una negociación de índole política (en eso se diferencian de otros criminales organizados), pero esa negociación la tienen que hacer ante un adversario muy superior en medios, pero que es muy proclive a acabar “rendido” ante el terror que ellos han sido capaces de provocar.

Es muy importante no confundir los medios con el fin. Ellos actuarán por medio del terror, con el viejo axioma revolucionario leninista de “cuanto peor, mejor”. El terror lo crearán a través de matar (cuanto más, mejor...) de destruir, de confundir. Todo ello lo amplificarán aprovechándose de los medios de comunicación y lo mantendrán en el tiempo a través de sus mentores ideológicos y de sus defensores “políticos” (algunos los hay hasta bien intencionados), y lo harán cabalgando sobre un entramado institucional existente y aprovechándose de los derechos y libertades propios del sistema al que atacan (lograrán representación política en organismos, subvenciones estatales o religiosas, extorsionarán sin sonrojarse, serán protagonistas en foros culturales, editarán periódicos y revistas, serán protagonistas en fiestas locales y en actos alternativos, etc.). A veces caminarán de la mano con progresistas e intelectuales, pero ese nos es su campo de juego, el objetivo último es la negociación política.

Este es el fin, y eso es así, porque los terroristas son siempre, en términos de poder de destrucción, mucho más débiles que los Estados contra los que luchan; por ese motivo emplearán medios no convencionales, se saltarán cualquier norma moral que coarte sus actos y se aprovecharán de todas las limitaciones que el Estado de Derecho se impone a sí mismo.

El fin del terrorismo con base nacionalista es llegar a una negociación política que les permita acceder a la independencia. Ese paraíso idílico, donde todo lo nuestro es bueno, bello y, donde por fin encontrar la identidad arrebatada por los otros (que, por supuesto, son diametralmente diferentes a nosotros y, por ello, despreciables). El bien en estado puro contra el mal absoluto. En la estrategia del terrorismo nacionalista, lo más importante es definir claramente al enemigo, ese enemigo encarna todos los males, debe ser capaz de generar odio en abstracto. La simplificación del pensamiento abstracto es

estrictamente comparable a la inhumanidad de las emociones abstractas, y en particular, del odio abstracto.

Al lado de los terrorismos de corte nacionalista, camina el llamado terrorismo islamista (en 1980 el Departamento de Estado de Estados Unidos tenía catalogado un solo grupo terrorista islamista, mientras que en el año 2001 más de la mitad de los grupos terroristas eran islamistas). Este nuevo terrorismo, aprende de los anteriores con ideologías marxistas, fascistas o nacionalistas. Declara la guerra a Occidente, sobre todo a su más genuino líder Estados Unidos y ataca a una sociedad, llamada del bienestar, una sociedad que no quiere perder sus cuotas de bienestar y tranquilidad. Los miembros de las sociedades desarrolladas tienen mucho “miedo a morir”; además, por consenso, han aceptado que en sus guerras hay que minimizar los daños colaterales y no puede haber bajas propias (como recordatorio el presidente Clinton mandó retirar sus tropas de Somalia después de sufrir 18 bajas en una emboscada). Pero los terroristas islámicos, sin consenso, han adoptado otro modelo, el de “mártires que no tienen miedo a morir”, esa estrategia les ha dado buenos resultados, presenta la ventaja de que los asesinos se convierten en héroes.

Occidente no está preparado para asimilar esta diferencia en las reglas de enfrentamiento, la opinión pública puede terminar asumiendo la creencia de que el conflicto, llegará a un punto crítico de donde resultará muy complicado salir airoso. Todo esto ha provocado una sorpresa estratégica sobre la cual, a los países occidentales, les resulta muy difícil actuar, sobre todo después de constatar (como le ha ocurrido a Israel) el fracaso de las represalias contra las acciones terroristas. Con la globalización ha aparecido la estrategia de los “conflictos asimétricos”, en esa estrategia los terroristas se mueven a sus anchas, pues en sus acciones insidiosas cabalgan sobre todo el proceso de la globalización.

Pero además de los medios es preciso analizar el objetivo buscado. Se especula mucho sobre el objetivo del terrorismo islámico, a pesar de lo que se afirme, el objetivo final no es el nihilismo, o la destrucción arbitraria, ni lograr el caos de Occidente; es cierto que existe un fuerte rechazo hacia la “decadencia de la civilización occidental”, pero no se intenta sólo acabar con ese modelo, los integristas tienen necesidad de dotarse de un fundamento sagrado frente a un modernismo laico al que atribuyen sus fracasos como modelo alternativo. Ellos buscan su identidad y es ahí donde definen su objetivo, que no es otro que la implantación del modelo islámico (el único verdadero), dentro de lo que

ellos denominan su espacio natural *dar al-islam*, incluyendo aquellos territorios de los que en pasadas épocas históricas fueron expulsados. En este punto es muy importante diferenciar entre países impíos, que nunca conocieron el islam, y países apóstatas que abrazaron en un pasado el islam y luego han renegado de su religión. Por supuesto, los ideólogos del terrorismo islamista, insistirán en los mitos asociados a “la era dorada” o al “paraíso perdido”, para impulsar las acciones con más rabia contra las naciones que en otro tiempo, a veces durante siglos, abrazaron el islam, hay quien habla de la “rabia y el orgullo”, aunque estas reflexiones no se consideren políticamente correctas.

Decíamos que los terroristas se afanan en el terror, lo hacen con dedicación y se apoyan en miedos y deseos de la sociedad, manipulan muy bien las emociones; usan todas las oportunidades que, adecuadamente impulsadas desde terrenos próximos a los propios terroristas, han conducido a muchos ciudadanos a claudicar de su defensa y a pedir la “paz” a sus verdugos (en las manifestaciones contra el terrorismo la palabra paz se repite machaconamente). El llamado “síndrome de Estocolmo” se ha instaurado en un gran número de mentes, tanto a nivel individual, como de colectividades enteras que llegan a sentir una mezcla de admiración y temor hacia aquellos desalmados que los tiranizan.

Lo curioso es que estos profetas del terror se mueven a sus anchas y nadie se atreve a decir nada contra su trasnochada estética de la muerte, casi siempre adornada de ridículas capuchas negras (símbolo tradicional del verdugo, a veces con boina incluida) que, hábilmente compaginan con otras indumentarias, más acordes con otros movimientos más de moda, como es el caso de todos los “antisistema” anclados en la eterna adolescencia. Michael Walter, se empeña en insistir que no debemos aceptar el relativismo, según el cual “lo que para un hombre es un terrorista, para otro es un luchador por la libertad”. Por fortuna, unos pocos se han atrevido a cuestionar este totalitarismo ideológico, que, en el caso de España arrastra tras de sí más de un millar de muertos y decenas de miles de personas que sufren la privación de los más elementales derechos y libertades.

Con relación al terrorismo islamista, refiriéndonos a la historia reciente de nuestro país, estamos asistiendo –y participando, por omisión- en consentir el desarrollo de toda una maraña que integra a grupos salafistas, mayoritariamente marroquíes, con dirigentes significados de Al Qaeda y otros grupos terroristas, los cuales se aprovechan de toda una infraestructura de apoyo que llega hasta infiltrarse en las Fuerzas Armadas o en las redes de confidentes de la Policía o Guardia Civil. Por otra parte, al terrorismo islámico le viene

muy bien la existencia en España de un terrorismo organizado de corte independentista y que sintoniza perfectamente –hay algo más que meras sospechas- con este nuevo elemento disgregador en su objetivo común y sus medios, y por último, pero no por ello menor, el componente nostálgico y propagandístico que supone el pasado histórico de un Al-Andalus que, aunque hoy en día es una sociedad apóstata, en el hipermitificado ideario colectivo islámico seguimos siendo el paraíso perdido. (No se puede que olvidar que el estrategia de Al Qaeda Al-Qurashi así lo reivindica).

Factores psicológicos del terrorismo

¿Cómo podríamos explicar el terrorismo y especialmente, las formas que conocemos hoy en día? En este campo hay que tener las ideas muy claras, pues las concesiones, aunque sean argumentales se pagan muy caro.

En primer lugar hay que dejar muy claro que “el terrorismo es una elección”, no la única forma que nos dejan “los otros”; esa elección se toma en torno a una mesa en la cual muchas veces se elimina a los disidentes por ser blandos. En esa elección, las causas económicas, de terribles pobreza o desigualdades sociales, o bien nacionalistas, donde se exponen las tiránicas opresiones que sufren los pueblos sojuzgados, no tienen el más mínimo apoyo de la realidad.

En segundo lugar, lo más importante para los terroristas es lograr crear una explicación que combine factores políticos, religiosos y culturales y que, a mi entender, se centre en “la creación de un enemigo”, de todo un pueblo que es ideológica o teológicamente degradado para así poderlo asesinar. La respuesta instintiva es normalmente la enemistad total con esa imagen de maldad que se apodera de nuestra imaginación. Este enemigo adoptará el nombre de “el infiel”, “el maketo” “el perro” o lo que se quiera. Lo más curioso es que los terroristas que asesinan hombres, mujeres y niños, se definen como luchadores por la libertad. (Muy a menudo, el estado emocional alterado en el que viven las poblaciones aterrorizadas, les impide analizar el tipo de libertad que ofrecen esos luchadores; habrá que continuar reflexionando públicamente sobre el modelo de libertad que nos podrían aportar los islamistas o los etarras, por poner un ejemplo). En la creación del enemigo es fundamental reducirlo a algo infrahumano, el mejor ejemplo es un diablo o un animal.

En la elección por el terrorismo hay que analizar diferentes claves, tanto a nivel individual, como dentro del grupo. Todos conocemos a muchas personas con ideas muy radicales,

pero para llegar a ser un terrorista faltan varios escalones por recorrer. Existen muchas divergencias sobre el perfil psicológico de un terrorista, se habla de narcisistas, neuróticos, personalidades límite, etc. Parece claro que los terroristas, en su proceso de reclutamiento no van a captar a personas con trastornos psiquiátricos graves. Todo apunta a que un rasgo de personalidad es la “conducta antisocial” o sociopatía, es decir el terrorista no siente remordimiento, al saltarse las normas sociales; comienza por pequeñas cosas (rotura de mobiliario urbano, quema de cajeros automáticos, pedradas a la policía y termina por las armas y los explosivos). En este punto es necesaria una reflexión, ya que de la *kale-borroca* se pasa al tiro en la nuca y de la Intifada a la bomba oculta entre la camisa.

En psicología es bien conocido que toda frustración genera agresión, pues bien entre los terroristas, la frustración (real o hábilmente inducida por los predicadores del odio) está detrás de sus acciones criminales.

Entre los terroristas, predominan los jóvenes varones, algunos son casi adolescentes, aquí se combinan la falta de compromisos de tipo familiar y social con un fuerte idealismo que deriva en fanatismo. El joven al asumir los postulados de los grupos terroristas renuncia a la razón y a la libertad. A partir de ese momento se vuelve intolerante y rechaza el diálogo. El fanatismo es una patología de la capacidad humana de razonamiento. En esos momentos el joven fanatizado da rienda suelta a su agresividad (coincidiendo con una época evolutiva de estallido hormonal) y se vuelve contra los demás a los que acusa de sus propios males. Esas mentes fanatizadas quieren el dominio político (¡que se vayan!), que los enemigos mueran (¡ETA mátalos!) que exista un solo credo (islam o muerte, Alá es grande).

La inestabilidad emocional es otro rasgo de los terroristas, detrás de muchos ideólogos del terror y ejecutores ciegos, se esconden personas inseguras, de bajo autoconcepto, que han encontrado una tabla de salvación a su vacío existencial en un credo exaltado, sin posibilidades de duda y en una aceptación amistosa en un grupo que le aporta una razón para ser. Si a todo eso le añadimos argumentos religiosos, en donde hasta el mismo Dios así lo quiere, se acabaron todos los problemas. El joven logra encontrar su identidad perdida y el aprecio social.

Ahora pasemos a reflexionar sobre el terrorismo islámico global; desde un punto de vista psicológico, Al Qaeda es un caso curioso, se ha unido a la globalización y, a la vez, la combate enérgicamente (técnicamente hablando eso constituye una disonancia

cognitiva). Dirigidos por un líder rico y culto, la “base” utiliza (nunca mejor dicho) a jóvenes cultos de clase media, que se desplazan desde los barrios periféricos de las ciudades musulmanas y de las occidentales, hasta lugares tan remotos como los montes de Cachemira o a los campos de entrenamiento del Asia Central. Son varones tienen una buena formación técnica, saben de informática y pueden pilotar un avión; la mayoría de ellos han perdido el referente nacionalista y luchan a favor del islam contra Occidente, se han juramentado para entregar su vida en esta lucha. No hay nada más euforizante, todos los tiranos lo saben, que las conquistas exteriores para resolver los conflictos internos. Al referirnos a problemas internos incluimos los graves problemas de los países a los que pertenecen (a esos graves problemas no es ajeno ni el islam, ni la corrupción de sus dirigentes, ni la Organización de Países Exportadores de Petróleo, entre otros, no solo Occidente). A esos problemas de índole nacional, hay que añadir los que individualmente arrastra todo ser humano, en ambos casos, cuanto mayor sea la frustración de los terroristas mayor grado de agresividad atesorarán.

¿Es posible una estrategia psicológica contra el terrorismo?

Últimamente el terrorismo independentista de ETA, ha iniciado una clara regresión, pero todavía nadie se atreve a vaticinar un final próximo. Unos pocos han superado el terror, pero en la sociedad vasca se sigue hablando en voz baja, no todos gozan de las mismas libertades, las extorsiones continúan y los escoltas siguen en activo.

En cuanto al terrorismo islámico de tipo global, parece ser que va a continuar a lo largo del siglo XXI. Según Javier Jordán, el entorno globalizado en el que vivimos intensifica los tres motores del conflicto que el islamismo vive contra Occidente; los tres motores son:

- El choque de valores existente que, además, implica una diferente interpretación de la vida.
- El potencial movilizador y de actuación en un mundo global con grandes injusticias sociales y económicas.
- Cambios en la naturaleza de la guerra. Preeminencia del conflicto asimétrico.

Cuando nos enfrentamos con un enemigo, es importante conocer qué quiere de nosotros, después de conocer sus objetivos, debemos analizar qué medios va a emplear.

La respuesta ante la estrategia terrorista está en evitar que la población se aterrorice y en impedir el apoyo social a los terroristas. Hablando en términos psicológicos, o más bien dentro de las teorías cognitivo-conductuales, ante lo que utilizan los terroristas para lograr

sus fines, la sociedad puede optar por la disuasión utilizando la técnica del castigo (represalia), pero es necesario saber que esta estrategia solo sirve para evitar conductas, provocando la ira de quien las sufre (e incluso proporcionando la posibilidad de convertir en mártires a vulgares asesinos con rasgos sociópatas, o a jóvenes fanatizados que necesitan llenar el vacío de su existencia). O bien la de la negación (o evitación), que es la verdaderamente efectiva (porque, hablando en términos farmacéuticos, presenta menos efectos secundarios).

Siendo el terrorismo un fenómeno social que se nutre de respuestas estereotipadas, es muy importante estar “al quite”, para no concederle ninguna tregua desde un punto de vista ideológico. En la dialéctica de los terroristas, hay que desmontar, sin ningún complejo, la maraña de argumentos, que se repiten insistentemente para disculpar las atrocidades que cometen.

Los dos argumentos que voy a exponer a continuación, hay que combatirlos sin tregua, usando la fuerza de la palabra:

- Los terroristas actúan movidos por la desesperación de su situación de sentirse “oprimidos”, el terror es su último recurso, el terror es el arma de los débiles.
- La culpa de todo la tienen las propias víctimas del terrorismo, se lo merecen (algo habrán hecho).

Estos dos argumentos los podríamos considerar, desde una visión psicoanalítica o psicodinámica como “de libro”; formarían parte de lo que Young definió como el “inconsciente colectivo” y serían las respuestas de agresión ante una frustración. En el primer caso estaríamos ante la figura del buen bandido y en el segundo de la proyección como mecanismo de defensa.

Ante estos dos argumentos, con claras connotaciones psicoemocionales, hay que negar la mayor; el terrorismo no es el último ni mucho menos el único recurso ya que la movilización no violenta de masas se ha demostrado ser mucho más efectiva como arma de los débiles (Gandhi lo demostró). Para el segundo argumento la respuesta más clara es que el asesinato de personas inocentes no tiene excusa, nunca.

Existe una acción psicológica muy importante que en la Segunda Guerra Mundial y en la lucha contra el Ejército Republicano Irlandés (IRA) se aplicó con buenos resultados. Se trata del emplear el humor contra los malvados. La película de Charlie Chaplin en el *Gran dictador* y las distorsiones de voz, imitando al pato Donald, utilizadas por la BBC cuando

emitían comunicados los portavoces del IRA, son un buen ejemplo de cómo el humor, al ser una emoción contraria, minimiza el temor que los terroristas infunden en la población. Las acciones orientadas a ridiculizar toda la liturgia terrorista siempre darán buenos resultados. ¿Existe algo más patético que unos encapuchados con boina? y ¿qué decir de las arengas de Ben Laden?, todo un canto a la lírica. Insistiendo en la simbología de los terroristas, ¿qué nos sugiere la visión de los “logos” representativos de los movimientos terroristas?. Las espadas y las frases del Corán entrelazadas, los colores verdes de los anagramas islamistas y, más cercanas, la serpiente y el hacha, dos símbolos tremendamente repulsivos en el subconsciente colectivo y bastante catetos.

En cuanto a las acciones que se deben llevar a cabo para negar la acción de los terroristas están:

- Impedir el que los terroristas logren matar, destruir, atemorizar y coaccionar para imponer su terror. (parece de Perogrullo, pero encierra un profundo significado).
- No amplificar sus actos dándoles publicidad a través de los medios de comunicación (imágenes de asesinatos, destrucciones, algaradas callejeras, declaraciones de ideólogos del terrorismo). No se puede olvidar que las acciones terroristas están orientadas fundamentalmente hacia la obtención de un impacto mediático.
- Los medios de comunicación, sin faltar a la verdad, deben desmontar la imagen del enemigo elaborada por los terroristas, que provoca ese odio abstracto por parte de sus simpatizantes. Hay que presentar a las víctimas como personas concretas, de carne y hueso con sus virtudes y defectos, que nada tienen que ver con la reencarnación del mal absoluto.
- Impedir que los terroristas obtengan subvenciones, representación política en instituciones y presencia en las calles.
- Dejarles claro que conocemos su objetivo final: La negociación política. Y que lo rechazamos.

Concluyendo: terrorismo y actuaciones psicosociales

El terrorismo se ha convertido en los comienzos del siglo XXI, en una de las más importantes amenazas para la seguridad. De los múltiples enfoques con los que se puede abordar esta lacra, hemos querido enfatizar los aspectos emocionales ligados a este fenómeno. No se puede obviar que al terrorismo se le vencerá, si se le ataca desde todos sus frentes, los cuales exigen actuaciones sociales, económicas, políticas, judiciales, policiales y también psicológicas. En este artículo utilizamos una perspectiva psicológica,

con un enfoque cognitivo-conductual, también proponemos que se limiten los efectos del terror y que se evite la actuación de los terroristas y la de toda su corte de interesados compañeros de viaje que alientan y se aprovechan de sus actos.

Hemos visto qué rasgos de personalidad acompañan a los que forman el entramado terrorista y las circunstancias sociales en las que se desenvuelven las organizaciones terroristas, pero volviendo sobre ello ¿qué se puede hacer?:

- En primer lugar luchar contra la frustración que aparece en el origen de la violencia, actuando sobre las causas reales que la provocan, luchando con todas nuestras fuerzas para lograr un mundo más justo y donde sea posible la paz (Oriente Próximo es la clave). También hay que luchar contra los ideólogos de la frustración inducida, desde el mundo de las ideas, oponiéndonos a cualquier tipo de fanatismo que destierre el diálogo, la razón y la libertad. (La influencia ideológica está clara, ya que se puede constatar que en las regiones más deprimidas socialmente como son las de la zona subsahariana, carecen, por el momento, de grupos terroristas).
- Fomentar el diálogo entre personas de buena voluntad, aunque difieran radicalmente en sus planteamientos ideológicos o religiosos.
- Apoyar a líderes que claramente defiendan que el terrorismo no es una opción aceptable y que diferencien entre víctimas y verdugos.
- Hay que impedir las acciones de violencia de baja intensidad, pues son el germen del que salen reforzados los sociópatas que después se convertirán en verdugos.
- Romper todos los procesos sectarios de reclutamiento de los terroristas, incidiendo en los sistemas educativos, no se debe permitir el adoctrinamiento violento en adolescentes.
- Impedir el respaldo social y la apología del terrorismo pues constituye el refuerzo y la razón de ser de los faltos de autoconcepto y de sentido existencial.
- Desde un punto de vista emocional, hay que impedir que “la lujuria de las imágenes de muerte y destrucción” provocada por las acciones terroristas, entre sin filtrar en nuestros hogares a través de televisión o Internet.
- Desde las emociones, de nuevo, hay que desmontar entre la población que apoya a los terroristas, ese odio abstracto e irracional hacia los enemigos como reencarnación del mal absoluto (Occidente, los españoles, el capital, etc.). Los enemigos tienen rostro, son seres humanos, tienen sentimientos.

Todas estas medidas y muchas otras que se podrían tomar teniendo en cuenta criterios psicosociales, tienen la ventaja de que no matan, no hieren, no insultan; es decir se enmarcan en lo más humano de cada persona, su conocimiento y sus emociones, para mí, estas medidas son las más eficientes. El resto de la estrategia ya se han enunciado, entroncaría con las teorías del contrato social, resumiendo, sin agotar las posibilidades, serían:

- El castigo señalado en la Ley para los actos de terrorismo se utilizará siempre (de forma congruente) sobre autores, cómplices, encubridores y apologistas del terrorismo.
- La represalia en ningún caso es una buena respuesta, para evitar los atentados.
- Hay que utilizar la estrategia de la negación, tratando de impedir las acciones terroristas, aún las de baja intensidad, para ello la información y la cooperación internacional resultan imprescindibles.
- Los medios de comunicación social no deberían amplificar los atentados, para evitar que infundan el terror.
- Los responsables políticos evitarán que los terroristas se aprovechen del sistema al que tratan de destruir.
- Los terroristas deben saber que la consecución de objetivos políticos por medio del terror es imposible y no admite negociación.

Como conclusión final, estamos de acuerdo con las palabras de Caleb Carr, cuando dice:

“El terrorismo no se erradicará cuando lleguemos a alguna clase de arreglo con sus agentes, ni cuando los liquidemos físicamente, sino cuando lo que hagamos se entienda como una estrategia y una conducta que no conduce más que a una derrota final de las causas que lo inspiran.”

Aquí se puede añadir, que incluso los terroristas suicidas, que desprecian su propia vida, valoran extraordinariamente “su causa”. Esas sagradas causas (adornadas de integristas de cualquier género) son las que debemos derrotar.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO-FERNÁNDEZ, F Fanáticos terroristas. Claves psicológicas y sociales del terrorismo, Salvat, Madrid 2002.

CARR, CALEB. Las lecciones del terror. Orígenes históricos del terrorismo internacional. Ediciones B. SA. Barcelona 2002

JORDÁN, JAVIER. Profetas del miedo. Aproximación al terrorismo islámico. EUNSA. Pamplona 2004

JOSRAJAVAR, FARHAD. Los nuevos mártires de Alá, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2003.

PARTNER, PETER. El Dios de las batallas. Oberon. Madrid 2002

PEDRO CANALES Y ENRIQUE MONTANCHEZ. En el nombre de Alá, Ed. Planeta, Barcelona 2002.

WALZER, MICHAEL. Reflexiones sobre la guerra. Paidós, Barcelona 2004